

La controvertida ayuda de Arabia Saudí frente al Estado Islámico

Riad formará milicianos para combatir a yihadistas a los que sirve de inspiración

ÁNGELES ESPINOSA Dubái 20 SEP 2014 - 15:49 CEST

En su territorio se cortan cabezas, se amputan manos a los ladrones y las mujeres sólo pueden salir a la calle si van tapadas de arriba abajo. ¿El [Estado Islámico](#)? Sí, pero la descripción también vale para Arabia Saudí, el aliado clave de Estados Unidos para combatir a ese grupo terrorista que cuestiona el orden internacional y ya ha ocupado un tercio de Irak y de Siria. Al conocerse que el [Reino del Desierto](#) va a acoger [campos de entrenamiento para los “rebeldes sirios moderados”](#) con los que Washington quiere hacer frente a los yihadistas, muchos en la región se han mostrado escépticos, y no sólo por la dificultad de identificar a tales tropas.

Por un lado, los rivales políticos de Arabia Saudí, [con Irán a la cabeza](#), le acusan de haber financiado a los mismos grupos radicales que ahora se muestra dispuesto a combatir. Por otro, y aunque los dirigentes saudíes condenan sus acciones violentas y se distancian de su discurso fanático, comparten con ellos la ideología que está en la base de su visión intransigente y sectaria del mundo.

Arabia Saudí, cuyo jefe del Estado se atribuye el título de Custodio de las Dos Mezquitas Sagradas y que reclama el Corán como su Constitución, está gobernada por una monarquía que se adhiere a la misma rama del islam que los extremistas del Estado Islámico (EI). El *wahabismo* (por Mohamed Abdel Wahhab quien en el siglo XVIII respaldó a Mohamed Ibn Saud en la formación del primer Estado saudí) es en realidad una forma de *salafismo*, la puritana interpretación del islam suní que ha alimentado el islamismo del que han surgido los grupos yihadistas.

El avance de los islamistas radicales a partir de los años ochenta del siglo pasado, desde Afganistán hasta Nigeria, ha tenido la huella del proselitismo religioso y el dinero saudíes. Sus petrodólares sufragaron a los *muyahidín* afganos y [las madrazas \(escuelas coránicas\) en Pakistán](#) y otros países islámicos que luego ayudaron al surgimiento

de Al Qaeda. Sin olvidar que su fundador, como 15 de los 19 terroristas que ejecutaron los atentados del 11-S era saudí. Cuando estalló la primavera árabe en 2011, [el reino se opuso a las protestas populares](#) que aspiraban a cambiar el *statu quo*. Sin embargo, en el caso de Siria, a diferencia de en Egipto o Bahrein, respaldó la revuelta contra Bachar el Asad. Dado que la mayoría de los sirios siguen el islam suní y el clan gobernante es de confesión alauí (una minoría remotamente emparentada con el chiismo), el conflicto enseguida adquirió un tinte sectario y se asumió que Riad intervenía a favor de sus *hermanos* suníes. Pero el enfado saudí con El Asad venía de antes; está ligado a su alineación con Irán y Hezbolá, y el enfrentamiento que con ellos mantenía en Líbano, Palestina y otros frentes regionales.

De ahí que Riad viera la oportunidad de ayudar a los sublevados y [se enfadara con la decisión de EEUU de no intervenir en Siria](#) siquiera como había hecho en Libia creando una zona de exclusión aérea. Aunque nadie ha presentado pruebas de su apoyo directo al EI, la financiación saudí a los grupos islamistas sirios ha contribuido indefectiblemente a reforzar el frente yihadista. En la sopa de letras de esa insurgencia resulta difícil controlar a quién ha ido a parar la ayuda, en especial cuando muchos combatientes cambian de grupo en función de los éxitos de éste o de sus propios intereses.

Los gobernantes saudíes, como el resto de los monarcas suníes de la región, ven a las huestes del EI como una amenaza. La idea de un *califato* que borra fronteras y desconoce los Estados soberanos surgidos en el siglo XX es una perspectiva inquietante. Sus portavoces han condenado a esos terroristas, [detenido a presuntos simpatizantes](#) y donado fondos para combatirlos. Sin embargo, no sólo Arabia Saudí tiene [un concepto peculiar del terrorismo](#) (que incluye a cualquier opositor e incluso a los ateos), sino que tal como pone de relieve Brian Whitaker en *Arabs Without God*, ha exportado durante años la intolerancia religiosa en la que han bebido los yihadistas. Mientras el reino (y sus vecinos) no renuncie a usar la religión con objetivos políticos, hay pocas esperanzas de acabar con el EI y con el sectarismo que plaga Oriente Próximo.